

El deporte como arte dramático

Viene de la **página anterior** de manera inversa a la del mito. El deporte no sugiere un mundo intencionalmente explicable, sino que escenifica un mundo inexplicable en última y decisiva instancia como resultado de intenciones. Toda acción trabaja en orden a un acontecimiento que no puede ser descrito y comprendido como acción. El deporte muestra el cuerpo de los jugadores en una lucha con los acontecimientos desatados por sus propias acciones, una lucha que únicamente podrán superar si trascienden su poder en el momento decisivo, en la medida en que se entregan al movimiento autonomizado de su cuerpo. El sentido de todo su esfuerzo consiste en convertirlo en elegancia, es decir,

en hacer pasar su acción por puro acontecimiento. Los acontecimientos deportivos desarrollan el drama de una transformación siempre arriesgada de la acción pretendida en acontecimiento involuntario.

Si esta interpretación es correcta, permitiría sacar alguna que otra conclusión. La fundamental es que el mundo moderno festeja en el deporte los misterios de la contingencia. Allí donde aparentemente se trata de hacer ostentación del pleno dominio corporal del espacio y el tiempo, lo transforma en un juego de resultado imponderable. El deporte establece rituales de una praxis corporal llevada a cabo por actores que no están en posesión de sus fuerzas decisivas. De este modo el deporte dirige la atención del hombre a la base natural indisponible de su poder y lo muestra en su lugar más sensible: en su propio cuerpo. En el deporte, la naturaleza física se le presenta al hombre simultáneamente como

condición y como límite. El deporte es una celebración de la incapacidad humana para hacerse físicamente señor de sí mismo. En el deporte, el ser humano festeja sus capacidades físicas pero también los límites de esas capacidades y, con ello, los límites de su poder sobre sí y el mundo.

Esto es lo que, en mi opinión, el deporte suele ser y debe ser, pero que no siempre es. Mucho de lo que sucede hoy en el mundo del deporte corresponde más bien a lo contrario de la imagen que acabo de ofrecer. El deporte degenera en ocasiones hacia una mitología del deporte, precisamente en aquel sentido de mitología que está en el fondo de la definición de Nietzsche: declara todo acontecimiento como acción, como producción intencional. En buena medida, el deporte es impulsado como máxima expresión de una voluntad de poder estar enamorada de sí misma. Aunque su exaltación escenificada aparente lo contrario, la

finalidad propia del deporte es traicionada por esa ideología. En ningún caso se muestra esto mejor que en el *doping*. Generalmente es criticado porque ofrece a los atletas ventajas prohibidas y porque, a largo plazo, es una amenaza para su salud. Ambas cosas son dignas de consideración, pero pasan por alto el núcleo de lo antideportivo del *doping*. Todo podría solucionarse si se ofrecieran a todos las mismas ventajas y se eliminaran sus efectos secundarios. El *doping* es desprecio de la actividad deportiva en cuanto tal. Quien se dopa, niega los límites de su propia capacidad, no quiere convencerse ni percibir en la culminación de su potencia que todo el sentido de la actividad deportiva descansa en la posible experiencia positiva de esos límites. En esta medida, el *doping* es una expresión plenamente consecuente de aquella ideología del deporte que sólo celebra en él la voluntad de poder, pero no la experiencia de su superación. Tam-

bién se podría decir: en ella aparece el cuerpo únicamente como instrumento de la victoria, pero no como medio in-calculable de la resolución de las competiciones deportivas.

Todos los argumentos contra la deformación del deporte deberían apelar a la fascinación estética primaria del fenómeno que tratan de salvar. La fuente de esa fascinación es aquel espectáculo público de la imponderabilidad a la que apunta toda acción deportiva (a diferencia de la mayoría de las otras acciones). Por eso el deporte es una imagen de la vida misma, de su gozosa e inquietante imprevisibilidad, de su risible seriedad. Por eso no es cierto que acudamos al deporte para escapar de la vida real; lo que buscamos es vida en estado puro, invadidos por la sospecha de que hay demasiada trampa en la que vivimos.

Daniel Innerarity es profesor de Filosofía en la Universidad de Zaragoza.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es
Andalucia@elpais.es
Bilbao@elpais.es
Catalunya@elpais.es
Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Senegal y el pescado que comemos

Una de las razones que empujan a los senegaleses a emigrar, según las entrevistas publicadas estos días, es la escasez de capturas en la pesca y la carestía de las licencias de pesca en Senegal, ahora que han entrado flotas extranjeras a pescar en sus aguas.

Algunas empresas españolas forman parte del grupo que se ha repartido el botín de la pesca al por mayor en aguas senegalesas, a cambio de ayuda al desarrollo.

Después de arrasar el Mediterráneo, el Cantábrico, y la parte atlántica española, ahí están nuestras empresas para devorar también el oeste africano, sin pensar en las consecuencias humanas que pueda traer esa sobreexplotación.

Por muy importante que sea nuestra flota de pesca y sus familias, no podemos vivir ciegos al impacto que tienen nuestras actividades económicas. En este caso, estamos privando a un país de uno de sus sustentos alimenticios principales, el pescado, y aumentando los problemas de paro, pobreza y emigración, según ellos mismos cuentan. Es para pensárselo. Espero que tomen nota los promotores del comercio exterior.—**Cristina Manzaneres Prádanos**. Girona.

El Mundial

Millones de personas frente a un televisor. Expectantes. Ilusionados. Todos rivales, pero a la vez todos unidos por el fútbol. Las conversaciones se centran en un único tema. Los horarios se adaptan por el partido de su selección. Gritos, llantos y alegrías. Ha empezado el mundial.

Como en los demás países, en España también se espera con impaciencia este campeonato. Sin embargo, parece que existe cierta reticencia a ilusionarse demasiado. Después de tantos palos en el pasado, esta vez la población va precavida. Aunque, como siempre, están los más optimistas que confían en la selección. Este año hay un buen equipo. Hay buenos jugadores, aunque se podrían discutir algunos de los seleccionados. Ahora depende del seleccionador. Encontrar un equilibrio en todas las líneas y poner a los jugadores que estén más en forma. Ésa es la palabra clave: equilibrio.

Millones de españoles nos sentiremos a las tres para ver el partido de España. A muchos puede que lo del Mundial les parezca una tontería, pero esto es sentimiento y no se puede explicar. Como en todo, depende de gustos.—**David Carrasco**. Badalona, Barcelona.

Sobre la apostasía

Tras un largo, frustrante y aún no logrado intento para que la Iglesia católica deje de utilizar mi involun-

taria pertenencia administrativa a ella, veo aumentada mi frustración e impotencia con la negativa del grupo parlamentario socialista a regular el procedimiento de garantizar el derecho a la apostasía. El argumento utilizado: "No se puede controlar con una ley civil una cuestión privada". Si tan privada es la Iglesia católica, ¿por qué el Estado nos obliga a financiarla con nuestros impuestos?—**Francisco Sánchez Pérez**. Madrid.

En solidaridad

Los abajo firmantes nos solidarizamos con la carta de María Rosa de Madariaga titulada *Mizzian y las relaciones con Marruecos* que EL PAÍS ha publicado el 9 de junio. Las relaciones con nuestro país vecino deben estar construidas sobre la amistad de los pueblos y no en la adulación de los poderosos y, en todo caso, no a cualquier precio.

Consideramos un error la implicación a un alto nivel de nuestras autoridades en la inauguración de la fundación que lleva el nombre de alguien que en ningún caso debe ser recordado como "símbolo de la proximidad con España", según rezaba un artículo del diario *Le Matin* el 28 de mayo. La historia común que Marruecos y España deben forjar para construir su vecindad debe instalarse sobre valores compartidos de libertad, democracia y derechos humanos. Las historias que se conocen de este militar marroquí que partici-

pó en el aplastamiento de la sublevación de Asturias y en episodios negros de la Guerra Civil deben ser conocidas por los marroquíes de bien, que no querrán tener en su "santoral" de héroes nacionales a figuras como ésta.—**Bernabé López García** (UAM), **Joaquín Arango**, **Felipe Sahagún** (Universidad Complutense), **Almudena Grandes** (escritora) y 32 firmas más.

Vuelve el discurso del miedo

Se hace imposible entender cómo la imagen de un cayuco cargado de miseria humana pueda convertirse en el eje principal que marque el discurso apocalíptico de la derecha española. Nada nuevo para quienes conocemos a los agoreros del fatalismo, que aprovechan la mínima oportunidad para expulsar su ira, a sabiendas de que juegan con el drama humano. En esta búsqueda de réditos políticos, todas las armas son necesarias para tocar la fibra más sensible de los "invadidos".

Todavía tenemos en mente las promesas electorales de comienzos del milenio, donde, bajo la marca del PP, un eslogan convocaba a sus adeptos a votar: "Por la seguridad de España". El vínculo inmigración-delinuencia fue la bandera de lucha que jugó con la suerte de miles de inmigrantes abandonados luego del cierre del régimen general en enero de 2001. Ese millón y medio de desesperados de los que hablan Rajoy, Acebes y Za-

plana fueron víctimas no solamente de una persecución administrativa, sino, también, de otra con carácter policial: los operativos *Ludeco* y *Café* apuntaban a cumplir la promesa de José María Aznar, que gritaba a los cuatro vientos que iba a "barrer las calles de delincuentes". Ése fue un valor añadido que lo mantuvo en el poder por segunda ocasión.

El tan cacareado *efecto llamada* no es producto del supuesto "coladero" de la Junquera, ni se ha fomentado por un proceso de normalización que ha hecho posible que casi 700.000 personas sean reconocidas como tales, con derechos y deberes. En realidad, la llegada de importantes flujos migratorios se dio bajo el paraguas del Gobierno popular cuando en el año 2003 las fronteras del sur recibían a cientos de personas que trazaron su periplo en patera desde las costas marroquíes. En otros casos, como el de los ecuatorianos, quedaron abandonados luego de improvisadas soluciones al estilo "retorno voluntario", donde unos 21.000 ingenuos confiaron en las palabras del actual líder de la oposición, Mariano Rajoy, cuando fue encargado de Interior, quien les ofreció darles sus papeles si regresaban a Ecuador. Solamente 1.500 lograron su objetivo, ¿y el resto?

Ésa es la forma de visionar y manipular la inmigración, según la postura conservadora. Para colocar la guinda, los canales autonómicos dirigidos por el Gobierno popular llenan su basura mediática con sucesos protagonizados por inmigrantes, donde a cualquier ciudadano se le pone los pelos de punta porque no solamente son presuntamente los más viles delincuentes, sino, también, los portadores de todos los males como la hepatitis, tuberculosis y sida.—**Raúl Jiménez Zavala**, portavoz de la Asociación Rumiñahui Hispano Ecuatoriana.

De seguir así...

La frenética actividad de retroexcavadora mantenida con inquebrantable empecinamiento por el alcalde Gallardón —que tiene mucha ilustración— está originando una revolución en la comunidad científica. A base de excavar y excavar vamos topándonos con las diferentes edades de Madrid. Acabamos de descubrir una antigua villa romana, el antiguo pontón de San Isidro y, de seguir así, en breve nos

daremos de bruces con el mismísimo Santo Grial. Pues que no cese la obra, maestro.—**Mario López Sellés**. Madrid.

Quiero una guardería

El próximo viernes 23 de junio tengo un examen de oposición. Me preguntaba si ese día podría hacer uso del despacho de Esperanza Aguirre y de su secretaria para que ésta cuide a mi bebé mientras yo me examino.

Las referencias que de este servicio dio María Dolores de Cospedal en EL PAÍS del pasado domingo me hacen confiar en que mi bebé estará bien atendido mientras yo me examino; además, ya era hora de que el dinero de mis impuestos se usara para dar un servicio de guardería gratuito. Por fin podré dejar de depender de la disponibilidad de los abuelos o de una guardería privada cuyo precio me hace preguntarme si de verdad me compensa seguir trabajando. Prepárese, doña Esperanza, que se le va a llenar el despacho de bebés cuyas mamás tienen el mismo derecho que De Cospedal a una guardería pública.—**Covadonga Segovia Hijarrubia**. Madrid.

Más de Telemadrid

El señor Barberá, Director de Comunicación de Telemadrid, nos informa, en carta remitida a su diario el pasado 13 de junio, que su canal es el que más horas de emisión dedica a la información, la actualidad y los debates.

Pues, me permito sugerirle al señor Barberá que para transmitir a los madrileños el casi exclusivo mensaje que se desprende de estos programas, y que se resume en que el PP es bueno, buenísimo y el Gobierno y el PSOE malo, malísimo, no hace falta tanta cuota de emisión (31,4% en el pasado mes de mayo).

Le aconsejo al señor Barberá que sustituyan en pantalla este lema por el logotipo del pentágono multicolor, pues no en balde es la verdadera divisa de la casa, y que dediquen más tiempo a programas culturales y de entretenimiento.

La cadena pública madrileña conseguiría transmitir su mensaje al 100% de cuota de emisión y le aseguro que muchos madrileños se lo agradeceríamos.—**Gerardo Rivas Rico**. Madrid.